



ECOS DE LA PALABRA

Por Javier Castillo, sj

Tiempo para dar la vida

Reflexiones sobre el Evangelio de Juan 12, 20-33 (5º Domingo de Cuaresma - Ciclo B – 18 de marzo de 2018)



La historia de la humanidad, en especial la de occidente, no se puede comprender sin lo que ha significado y significa la persona de Jesús, su proyecto y la comunidad conformada por sus seguidores. Da igual que se pertenezca al grupo de los creyentes o de los que se declaran ateos o agnósticos pues Jesús tiene un atractivo tan grande que, sin importar la motivación que se tenga, muchos

hombres y mujeres a lo largo de los tiempos, como el griego del Evangelio, hacen la petición: “quisiéramos ver a Jesús”. En nuestro tiempo, criticado por muchos por el relativismo y la pérdida de los “valores tradicionales”, la vida de Jesús sigue siendo atractiva e interpelante. Por tanto, aun reconociendo que pueda sonar a fría estrategia, ¿no valdría la pena invertir menos tiempo y energías en algunas discusiones que tenemos en la Iglesia y dedicar nuestros mejores esfuerzos a comunicar a Jesús a todos los que, al igual que ayer, le quieren ver?

Cuando Felipe acude ante Jesús para transmitirle la petición de los griegos recibe una respuesta desconcertante: “Ha llegado la hora de que sea glorificado el Hijo del hombre”. Seguro que Felipe esperaba una respuesta similar a la que recibieron los discípulos del Bautista cuando le preguntaron a Jesús dónde vivía: “venid y lo veréis”, no obstante, siguiendo el texto, creo que la respuesta de Jesús no pudo ser mejor y en ella encontramos auténticas pistas que nos ayudan a verle.

A Jesús le vemos en su entrega generosa y en la de aquellas personas que, siguiendo sus enseñanzas, viven entregándose a los demás hasta el punto de poner en peligro la integridad de sus vidas. En la lógica del Evangelio, los proyectos de vida en los que los protagonistas somos nosotros mismos, no son fácilmente armonizables. Cuando queremos que todo gire a nuestro alrededor haciendo de los demás vasallos y no hermanos; cuando lo único que nos motiva es el éxito y el reconocimiento aunque a la vera de la alfombra roja que pisamos dejemos una estela de hermanos pisoteados y excluidos; cuando somos incapaces de perder un poco de nuestros espacios de confort

y seguimos ciegos ante la precariedad de la vida de miles de hermanos... Cuando esto pasa es porque nuestra lógica, contraria a la de la entrega que nos sugiere Jesús, es la de retener sin importarnos lo que pueda suceder al resto de las personas con quienes compartimos una misma historia y un mismo planeta.

El grano de trigo que no muere queda infecundo. Tres consecuencias de darlo todo.

Vivir muriendo, ser capaces de salir de nosotros mismos para darnos a los demás hasta reventar por ellos hace que todo lo que somos y hacemos tenga un sentido auténtico y liberador. Creo que no debe haber nada más triste que, en el ocaso de nuestra vida, al echar la vista atrás, sintamos que no hemos sido capaces de sembrar nada en nadie, que nuestro tiempo simplemente ha sido una sucesión de minutos, días y años que no quedará grabado en la memoria de nadie. Afortunadamente la humanidad está llena de testigos como Romero, Maximiliano Kolbe, Ignacio Ellacuría, Teresa de Calcuta y un largo etcétera que lo han dado todo, que se han dejado “triturar” para que otros tengan vida.

Vivir amando. El que se ama a sí mismo se pierde, se busca tanto a sí mismo que no puede encontrar los caminos que le conducen al sentido pleno de la vida, a la felicidad que solo es posible con los otros. Cuando retenemos el amor perdemos el horizonte y convertimos nuestra vida en una carrera por buscar el reconocimiento de aquellas personas a las que no fuimos capaces de amar. También, gracias a Dios, en nuestra vida nos hemos cruzado con el rostro de personas que viven para amar y que dan vida en abundancia. ¡Qué bueno sería que el nuestro fuera uno de esos!

Vivir sirviendo. El que opta por servir a Jesús y su causa muestra con su vida a Jesús, se hace signo de su presencia en medio de la comunidad. Junto con el amor, el servicio es la mejor definición del modo de proceder de Jesús y una vía segura para verle. Pronto leeremos el pasaje del lavatorio de los pies en el que Jesús deja a la Iglesia como encargo el servicio, no nos quedemos en la hermosura de la escena, vayamos a lo profundo y hagamos que nuestro ser y misión sea servir. ¿De qué vale tener poder, riquezas, fama si no somos capaces de servir?

Vuelvo al párrafo inicial. En lugar de **gastar** tanto tiempo en discutir sobre una palabra del misal, o sobre el uso del lenguaje inclusivo, o sobre la recepción de la comunión en la mano... ¿no sería mejor **invertir** nuestro tiempo en testimoniar al Señor Jesús para que otros, a través de nuestra vida entregada, se sientan llamados a conocerle, amarle y seguirle?

Al llegar casi al final de la Cuaresma pidamos a Jesús que seamos capaces de ser sus testigos y que este tiempo sea para dar vida entregándonos a los demás.